



Las 156 veces que te conocí



Toda la clase se sumió en un silencio sepulcral cuando ella entró.

Caminó despacio y con la cabeza gacha hasta donde se encontraba el profesor, con todas las miradas clavadas en su figura.

Cuando se detuvo a su lado, nuestro tutor carraspeó y comenzó a hablar:

-Chicos, os presento a Vanessa. Ha venido desde Zamora para estudiar aquí. Espero que le deis una cálida bienvenida y le brindéis ayuda si la necesita.

Durante unos segundos, paseó su mirada por el aula hasta que fue a parar en mí y en el sitio vacío que tenía a mi lado.

-Puedes sentarte ahí – le dijo.

Vaya. Mi amiga Jess estaba en su casa con 39 de fiebre y su pupitre estaba libre. No creo que aquello le hiciera gracia.

La alumna nueva serpenteó entre las mesas hasta quedar frente a mí. Se acomodó en su silla y observó a mis compañeros, que no habían tardado ni un segundo en ponerse a lanzar bolas de papel.

-Hola – le dije – Mi nombre es Ángela.

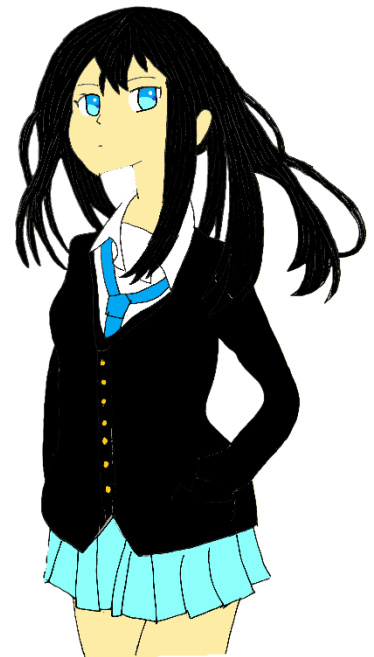
Ella me miró y respondió tímidamente:

-Hola...

- ¡Ángela! – exclamó el profesor – Acércate un momento, anda.

Me levanté y fui sorteando bolas de papel a la mesa del profesor.

- ¿Qué pasa?



-Verás... Tengo que comentarte algo sobre Vanessa. No solo la he puesto a tu lado porque hubiera un sitio libre. Sé que eres responsable y confío en ti para que le prestes ayuda.

Asentí ante la expresión seria que adoptó su rostro.

-Vanessa padece Alzheimer.

Por un momento no supe que decir. ¿Alzheimer? ¿Había oído bien? Nunca había oído hablar de Alzheimer a tan temprana edad.

-Es un caso bastante peculiar. La cuestión es que puede resultarle más difícil adaptarse y espero que tú puedas guiarla.



Dirigí mi vista hacia la chica. Jugaba con uno de sus largos mechones negros, pero nos miraba disimuladamente.

-Haré lo que esté en mi mano – le dije.

Medité sobre aquella conversación durante el camino de vuelta a casa.

Alzheimer. Conocía esa enfermedad de cerca. Mi abuela hace tan solo unos meses que murió por su culpa. Empezó de un día para otro olvidando nombres e incluso dónde vivía. Durante el tiempo que mi abuela padeció Alzheimer, estuve a su lado y no la abandoné ni un segundo. Con Vanessa no será diferente.

Al día siguiente, me mostré más abierta con Vanessa. Le susurraba de vez en cuando y le resolvía sus dudas. Al principio se mostraba muy callada y tan solo respondía con monosílabos pero, poco a poco, fue cogiendo confianza.

Y entonces hablábamos prácticamente todo el rato. Ella me preguntaba por mis compañeros y profesores y, de vez en cuando, le contaba anécdotas que nos hacían reír. Algún profesor nos llamó la atención más de una vez, pero yo estaba feliz por los avances que había hecho.

Durante el recreo le enseñé parte de la ciudad y le dimos de comer a los patos del parque. En Educación Física, jugamos un partido de baloncesto y, aunque no metimos ni de lejos, nos lo pasamos en grande.

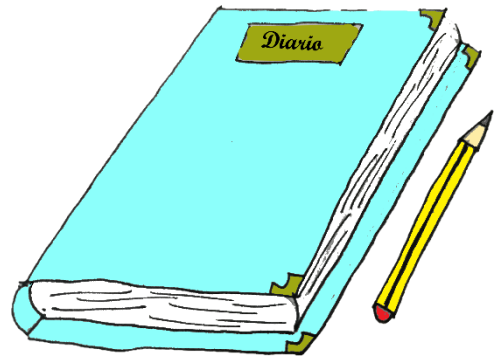
En definitiva, fue un día fantástico.

Cuando llegué a casa, me senté en mi escritorio y saqué mi diario para escribir todo lo que habíamos hecho. Llamadme friki, pero a mí me encanta guardar mis recuerdos entre sus páginas. Es una costumbre que cogí desde que mi abuela comenzó a olvidar cosas. Me di cuenta de que nuestras vivencias son lo más importante que tenemos, y no debemos dejar que el tiempo las borre. Abrí la libreta y escribí:

“Querido diario:

Hoy he hecho una nueva amiga.”

Llegué a mi aula hiperventilando por la carrera que me había pegado para llegar puntual. Colgué la mochila en mi silla y tomé asiento junto a Vanessa.



- ¡Hola, Vanessa! ¿Cómo estás?

Ella despegó su mirada del libro que estaba leyendo y me miró con extrañez, como si no me conociera. Tras unos instantes mirándonos, retomó su lectura.

-Ey, Vanessa. ¿Estás bien?

Sin siquiera mirarme a los ojos me respondió:

-Perdona, pero, ¿quién eres?

Me quedé completamente descolocada.

Y un recuerdo me vino a la mente: mi abuela me hizo la misma pregunta poco antes de fallecer. Luché contra el impulso de llorar. Esa maldita enfermedad le había hecho olvidar todo lo que vivimos ayer. Pero no estaba dispuesta a rendirme tan fácilmente. Prometí ayudarla y eso haré.

-Mi nombre es Ángela.

Antes de acostarme aquella noche, cogí mi diario y anoté cada detalle del maravilloso día que habíamos pasado... otra vez. Empecé de la misma manera:

“Querido diario:

Hoy he hecho una nueva amiga.”

Y así transcurrió el curso. Era asombrosa la facilidad con la que congeniábamos, pero también lo era la fragilidad de sus recuerdos, que se desvanecían pasado un día. Era como una maldición, y cada vez que le recordaba mi nombre, ardía en mi corazón el recuerdo de mi abuela, sentada en su mecedora y con la mirada vacía.

Sin embargo, no cesaba en mi empeño, ni pensaba hacerlo. Cada noche escribía en mi diario, siempre empezando con la misma frase, todo lo que hacíamos, rezando por que al día siguiente entrara en clase y me saludara. Pero pasaban los días, y nada cambiaba.

- ¿Hasta cuándo vas a seguir así? – me preguntó Jess mientras recogía apresuradamente mis cosas.

-No es mi culpa que no entienda mates.

-No me refiero a mates. ¿Por qué te empeñas en hacerte su amiga si ni siquiera se acuerda de tu nombre? – dijo señalando a Vanessa.

-Porque estoy segura de que algún día lo recordará.

Me colgué la mochila al hombro y emprendí el camino a casa.

Pero aquella noche no dormí bien, porque al mirar en mi mochila, mi diario no estaba.



Después de buscar por enésima vez hasta debajo de mi cama, decidí que tenía que ir a clase si no quería llegar tarde. Repasé mentalmente todos los lugares en los que había estado para poder recuperar mi diario, pero dejé de enumerar aulas cuando lo vi. Y estaba en las manos de Vanessa.

Corrí hacia ella y me detuve a escasos centímetros. Antes de que pudiera hablar, dijo:



-Hola, Ángela – y su cara se iluminó con una enorme sonrisa.

Entonces, ajenas a aquellos que nos estaban mirando, nos fundimos en un abrazo.

Es imposible describir lo feliz que me sentía. Había recuperado sus recuerdos. Después de una eternidad desde aquel primer “hola”, por fin me había saludado aquella mañana.

Y así, 156 días después, pude empezar mi diario de otra forma:

“Querido diario:

Hoy me he reencontrado con una vieja amiga.”

